

Ilustrísimo señor rector magnífico,
Don Daniel Hernández Ruipérez;

Excelentísima señora vicerrectora de Internacionalización,
Doña María Ángeles Serrano García;

Excelentísimo señor vicerrector para la conmemoración del octavo centenario,
Don Mariano Esteban de Vega;

Excelentísimo señor Consejero delegado de Cursos internacionales,
Don José Miguel Sánchez Llorente;

Honorables señores profesores;

Compañeros estudiantes;

Amigos todos:

Para un universitario convencido como el que les habla, la oportunidad de expresar su pensamiento en la universidad cuyas cartas fundacionales sirvieron de modelo a la institución que lo formó, es un altísimo privilegio personal, así como un claro indicio del alto nivel en el que se encuentra la cada vez más estrecha relación entre la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Salamanca. Permítame expresarle, señor rector, y por su conducto a la entrañable comunidad académica y estudiantil que dignamente preside, nuestro emocionado agradecimiento.

Iberoamérica en el siglo XXI.

Viaje, aventura e identidad.

Por Andrés Ordóñez

*Las gentes que viajan adquieren una
forma fragilísima de belleza.
Por algunas horas se transforman en algo
singular, y viven agudamente;
descubren extraños sentimientos
que no sospechaban que pudieran
tenerse, y caminan como dichosos.*

*En las estaciones de los trenes,
mientras esperaba, he vivido
horas melancólicamente ricas.
He visto partir a las gentes,
y no estaban solas: se sumergían
en su larga noche de viaje,
llevando en su sangre la pureza
que dan las distancias y los adioses;
pobladas de bocas y de miradas,
se purificaban como si fueran
a entrar en un templo o en un combate.*

*Y he visto regresos y llegadas, abrazos
de amor entre gentes que no se amaban;
pero, sin embargo, el amor lucía
en ellos, brillaba evidente.*

*Y los que regresan sin que nadie
los espere viven también; trajeron
una soledad más limpia, un tesoro
de pueblos hallados, de noches descubiertas.
Y cargan sus viejas valijas
y sus bolsas llenas de fruta,
que es igual a la que comen a diario,
pero que ha de darles un sabor de cosas
buenas, de placer incomparable,
al llevarlos, plácidos, al recuerdo
de los vendedores en el camino,
de las casas lúcidas en la sombra lejana.*

*Y los que regresan y los que parten
se confunden: todos llevan con ellos
una sensación de heroísmo,
una lumbre tenue que se funda
en su corazón, y se derrama*

*y enciende sus rostros atónitos,
poblados de pérdidas y esperanzas.¹*

El autor de esta bella evocación del viaje es Rubén Bonifaz Nuño, una de las personalidades emblemáticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Los estudios humanísticos mexicanos tienen con él una deuda de gratitud y compromiso. Rubén fue un infatigable impulsor de los estudios clásicos y prehispánicos en la UNAM. A él debemos nuestra *Biblioteca Graecorum et Romanorum*, la colección de clásicos griegos y latinos en edición bilingüe, en la cual sus versiones de las obras de Catulo, Horacio, Homero y Ovidio ocupan un lugar señalado. A esta faceta de rancio clasicismo se agregan sus rigurosos estudios de iconología prehispánica, su conocimiento profundo de la poesía española de los Siglos de Oro y su extensa obra de creación poética que lo hace uno de los autores cumbres de la poesía mexicana contemporánea.

Fue Rubén Bonifaz quien, siendo yo muy joven, me brindó el apoyo necesario para ir a Londres a hacer mis estudios de posgrado, becado por la UNAM. Unos cuantos días antes de partir, acudí a agradecerle ese apoyo y a despedirme. Ataviado como siempre con traje de tres piezas, chaleco con solapa, leontina de oro y fistol de perla en la corbata, me dijo: òmire, maestro, ya sé que va usted a estudiar mucho y que va a poner muy alto el nombre de la patriaí , pero no estudie tanto, váyase a las calles, siéntese en los cafés, vea a la gente, allí va a aprender másö. Sin quererlo él, ni saberlo yo, había inoculado en mí el virus de la aventura. No en balde, después de Horacio y la poesía, la novela de aventuras era la pasión de Rubén Bonifaz. Treinta y cinco años después me doy cuenta de que lo que hoy llamamos òmovilidad académicaö es en el fondo una formidable incubadora de aventuras. Ya dependerá o habrá dependido de cada uno de nosotros elegir o haber elegido ser aventureros o aventurados. La diferencia entre unos y otros es que el aventurero es el profesional de las aventuras; corre aventuras --dice Vladimir Jankélévitch-- como un tendero vende mostaza: sin riesgo ni emoción. El aventurado es el que asume el riesgo de su pasión. El aventurado, escribe Jankélévitch, òest toujours le débutantö.²

¹ Ruben Bonifaz Nuño, *De otro modo lo mismo*, México, Fondo de Cultura Económica,

² Vladimir Jankélévitch, *L'aventure, l'ennui, le sérieux*, París, Aubier, 1980.

Quien opte por la aventura académica debe ser consciente de que ya no hay lugar para los tenderos. La mostaza, por fina que sea, deberá venderse en otra parte. La complejidad de nuestro tiempo reivindica la pasión del conocimiento en la medida en que la realidad se nos presenta conflictiva en todos los órdenes e inasible como nunca antes. Parafraseando a Roland Barthes, asistimos al grado cero³ de las humanidades y de las ciencias sociales. Unas y otras pugnan por liberarse del orden marcado de su lenguaje y se encuentran en una coyuntura similar a la que enfrentó la física en su transición hacia la era cuántica. En ese sentido, enfrentamos el reto urgente de construir un nuevo aparato crítico cuya magnitud conceptual nos permita desentrañar esa inédita complejidad que nos angustia.

El ámbito que puede y debe acometer esa tarea es señaladamente el medio universitario, un medio universitario donde sólo tendrán cabida quienes estén dispuestos a correr el riesgo de su audacia, pues habrá que partir de la invención de un vocabulario capaz de nombrar la fenomenología que intentamos aprehender.

A esta condición adánica que hoy nos desafía se suma el hecho de que la realidad del mundo integrado ha convertido el planeta en una inmensa caja de resonancia. No hay evento insignificante. El trastocamiento de los imperativos categóricos de tiempo y espacio y la emergencia de un continuo espacio-temporal en la red informática mundial (*www*), nos llevan a repensar nuestras nociones ontológicas. La realidad del espacio virtual ha devenido un súper conductor capaz de hacer sentir el efecto de un acontecimiento aparentemente aislado, de manera simultánea en las diversas latitudes de la geografía planetaria. Ya a finales de la década de 1970, Paul Virilio nos advertía que la velocidad había dejado de significar la supresión de las distancias, se había transformado en la negación del espacio y estaba camino a convertirse en la aniquilación del tiempo.⁴ En la lógica de Virilio, una vez abolido el espacio y suprimido el tiempo, los seres humanos nos hemos precipitado en un estado de permanente urgencia donde prioridades y dominios se yuxtaponen, de allí que la diversidad entreverada que caracteriza el proceso de integración planetaria, reclame un esfuerzo internacional y multidisciplinario simultáneo.

³ Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, Paris, Éditions du Seuil, 1963.

⁴ Cf. Paul Virilio, *Vitesse et politique*, París, Galilée, 1977.

Visto así, el panorama se nos presenta por demás dramático. Sin embargo, cabe preguntarse si el drama es uniforme y nos compete de igual manera a todos. La respuesta es un sí y un no simultáneos. Sí, en la medida en que los patrones gerenciales del paradigma occidental se han generalizado como condición *sine qua non* del proceso de integración planetaria, que la tradición anglosajona llama globalización y la francesa mundialización. No, en tanto la expansión del paradigma occidental se ve matizado por las características culturales definitorias de los universos locales: *think global, act local*, diría Steve Jobs, héroe indiscutido de nuestros *millennials*.

El pensador coreano y profesor de la Universidad de las Artes de Berlín, Byung Chul Han, lo explica de otra manera. Para Han, desde un punto de vista patológico, el siglo XX marcó la última etapa de la época bacterio-viral de la humanidad. La guerra fría fue la última gran manifestación de la etapa inmunológica del género humano, en la que mediaba la división entre lo propio y lo extraño, el amigo y el enemigo. Cito a Han:

El paradigma inmunológico del siglo pasado estaba, a su vez, dominado por completo por el vocabulario de la guerra fría, es decir, se regía conforme a un verdadero dispositivo militar. Ataque y defensa determinaban el procedimiento inmunológico. Este dispositivo, que se extendía más allá de lo biológico hasta (í) la sociedad en su conjunto, encerraba una ceguera: se repele todo lo que es extraño. El objeto de la resistencia inmunológica es la extrañeza como tal. Aun cuando el extraño no tenga ninguna intención hostil, incluso cuando de él no parta ningún peligro, será eliminado a causa de su *otredad*.⁵

El paradigma inmunológico no es compatible con el proceso de globalización. En la era post-inmunológica que plantea el siglo XXI, la *otredad* cede su lugar como categoría fundamental en favor de la *diferencia*, lo cual entraña la mutación de la resistencia inmunitaria. Si bien continúa el ejercicio de resistencia hacia lo otro, esta resistencia se realiza en sentido empático, es decir, como ejercicio de participación afectiva en una realidad ajena; en palabras llanas: poniéndose en los zapatos del otro. En el mundo civilizado los inmigrantes y los refugiados podrán ser considerados por algunos sectores como una carga, pero no como un peligro. El mundo ha entrado en un acelerado proceso

⁵ Byung Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Editorial Herder, 2012, p. 12.

de hibridación⁶ a cuya complejidad y violencia contribuye de manera señalada la exclusión en todas sus formas, muy especialmente la económica.⁷

Queridos amigos:

Esta coyuntura le representa al mundo panhispánico un serio desafío, es verdad; pero también nos significa una rica fuente de oportunidades en virtud de nuestra naturaleza histórica. A juzgar por la bibliografía francesa y anglosajona relativamente reciente, la promiscuidad cultural que hoy cunde en todos los ámbitos, resulta más o menos novedosa. No así en el mundo panhispánico. Los hispanoamericanos (término con el que designo el continuo humano y, en consecuencia, histórico y cultural, conformado por quienes hasta el siglo XIX nos dividimos entre españoles peninsulares y españoles americanos) nos hemos pasado los últimos cuatrocientos ochenta años digiriendo lo que hoy Han considera el tránsito entre la *otredad* y la *diferencia*. Y la verdad es que no lo hemos hecho tan mal. Como nos enseñó en la UNAM el profesor español José Miranda, España se reinventó en América. Instituciones medievales desaparecidas en la Europa renacentista encontraron en la otra orilla del Atlántico un renovado aliento que nos proveyó de los cimientos indispensables para acceder a la modernidad de forma menos conflictiva que, por ejemplo, las sociedades del África subsahariana.⁸ De manera similar, como lo expuso en nuestras aulas el historiador mexicano Edmundo O'Gorman, América se reinventó en España y al hacerlo, contribuyó de manera decisiva a la reinvención de España en momentos definitorios de su historia cultural. El resultado es que hoy España sería inexplicable sin América del mismo modo como América lo sería sin España.

Esto es así porque el mundo panhispánico es una formidable síntesis de síntesis. Por un lado, la que resultó del encuentro de las culturas ibérica, celta, judía, griega, latina, bereber, cristiana y musulmana; por otro, la síntesis del complejo de civilizaciones mesoamericanas y andinas; y a ellas se sumaron la cultura negra del África occidental y --no olvidemos-- también los elementos orientales importados de China y aún de la India,

⁶ Véase, por ejemplo, la configuración étnica de selecciones europeas de fútbol como las de Francia, Alemania u Holanda.

⁷ Sobre el particular, resulta interesante, entre otros estudios, el libro que el estudioso francés del Islam radical Gilles Kepel, dedicó en 1994 a la emergencia de este fenómeno en las capitales de Occidente. Gilles Kepel, *A l'ouest d'Allah*, París, Seuil, 1994.

⁸ José Miranda, *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820*, México, UNAM, 1952.

a través de las Filipinas, archipiélago conquistado con el concurso de tropas indígenas novohispanas que marcharon en Asia bajo el estandarte del águila y la serpiente para gloria del Imperio Español, esa portentosa red (global *avant la lettre*) de pesos y contrapesos cuya mecánica y funcionamiento increíblemente nos sigue siendo desconocida.

En las postrimerías del siglo XX la configuración que anunciaba el mundo integrado transformó la percepción recíproca entre españoles y americanos. La emergencia de bloques económicos regionales determinó la convergencia de los propios intereses y descubrimos en el otro el contrapeso y sustento necesarios para afirmarnos en nuestros respectivos bloques geoeconómicos, ya fuera, en el caso de los países americanos, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) o el Mercado Común del Sur (Mercosur) y, en el de España, lo que a partir del 1º de noviembre de 1993 se denomina la Unión Europea. Esta coincidencia de nuestros intereses geoestratégicos corrió al parejo --no podía ser de otra manera-- con la cada vez más acelerada transformación de la realidad mundial al término de la guerra fría.

El mundo contemporáneo es multipolar y el ámbito panhispánico se revela como un polo histórico, político, económico y cultural cada vez más importante. Es necesario reclamar ahora el espacio intelectual que nuestra madurez histórica merece. Debemos confiar en nuestra identidad múltiple. En términos identitarios, los hispanoamericanos nacimos con la mundialización misma. José María Lasalle tiene razón cuando afirma que en nuestra interacción, hispanos y americanos dejamos lo mejor de nosotros. Hace tan sólo unos meses, el pasado 12 de octubre precisamente, en un interesante artículo publicado bajo el título de «España americana», Lasalle exhortaba a los españoles a asumir que las «inseguridades patrias están en haber perdido nuestra completitud trasatlántica».⁹ Ese exhorto debe ser extensivo a los americanos. Es tiempo de que en América asumamos con igual urgencia, la necesidad y factibilidad de recuperar la completitud que nos corresponde por derecho propio. La coyuntura que vive el mundo nos ofrece la posibilidad de recuperarla, pero a condición de renovarla y potenciarla. Abandonemos de una vez por todas el discurso antinómico, al que particulares circunstancias de orden ideológico nos obligaron en diversos momentos de los siglos XIX y XX en ambos lados

⁹ José María Lasalle, «España americana» en *El País*, Madrid, 12 de octubre de 2016.

del Atlántico. Nuestra propia historicidad nos exige, al inicio del siglo XXI, asumir que somos esto que hoy somos, con toda la riqueza y el potencial que nos da el haber sido lo que fuimos. En esta circunstancia, la reflexión ya no es ontológica, sino prospectiva. La pregunta ya no es qué somos. Nuestra reflexión debe girar en torno a qué queremos ser.

En el proceso de la fusión que hoy nos da existencia como unidad civilizacional, la lengua -- castellana en origen y que al contacto con América devino española -- es nuestro continente. Es nuestra lengua la que preserva y garantiza nuestra cohesión en tanto civilización y la que confiere contundencia a nuestra presencia política, económica, social y cultural en el mundo. De allí la importancia de que nuestros gobiernos consideren la lengua como un asunto de Estado. En el caso mexicano, ha sido la UNAM la institución que ha tomado la estafeta y a ese proyecto nos hemos lanzado junto con la Universidad de Salamanca, entre otras instituciones.

Como universitarios, podemos y debemos contribuir desde nuestra condición panhispánica a la elaboración conceptual de la realidad contemporánea a través de la aproximación de las mentes más lúcidas y los espíritus más libres. Contamos en nuestro acervo con poderosos faros orientadores, por ejemplo, las figuras que en los albores de la modernidad contribuyeron a reformular el marco epistemológico de la Edad Media y lo proyectaron hacia el Renacimiento. Tal es el caso de la Escolástica española y de su figura señera, Francisco de Vitoria.

Las nociones doctrinarias que apuntan al mundo integrado, generalmente han sido ancladas en la cultura de la Ilustración por el discurso académico europeo y estadounidense. En el mejor de los casos, el antecedente pre-ilustrado más remoto suele ser la noticia que dan sobre el pensamiento de Hugo de Groot (conocido en la tradición hispánica como Hugo Grocio). Sin embargo, invariablemente soslayan que Flandes era posesión española, que de Groot, en consecuencia, era súbdito hispánico¹⁰ y que el holandés fue continuador de Vitoria y sus discípulos.

La idea conocida entre los estudiosos de la obra de Vitoria como *totus orbis*, es decir, la concepción de la humanidad como una persona moral que comprende a todos los Estados

¹⁰ Cabe notar que en holandés este autor es conocido como Hugo **de** Groot y no *van* Groot, como sería de esperar.

sobre la base del derecho natural, es considerada la más grandiosa e innovadora del jurista de Salamanca. Esa idea, sin entrar en conflicto con la idea de la cristiandad acabó por instalarse en el eje del sistema de las relaciones internacionales, pues fue esa trascendental noción la que habría de brindar al derecho de gentes moderno un carácter universal sin el cual no hubiera sido posible la incorporación de los Estados no cristianos a la comunidad internacional.¹¹

Vitoria dio cabida a lo local al lado de lo universal en la medida que, al interior de la sociedad ecuménica, continuó existiendo con sus caracteres propios y específicos, la *respublica christiana*. Pero fue definitivo el que Vitoria rehusara imponer sobre la comunidad universal los poderes o facultades inmanentes de dicha *respublica*. Dice sobre Vitoria el reconocido diplomático mexicano y eminente catedrático de la UNAM, don Antonio Gómez Robledo:

Vitoria hace extensiva su teoría del Estado allende el mundo cristiano. Según Vitoria, entre los paganos es legítima la existencia de príncipes y señores porque antes del mundo cristiano existió un orden constituido, de modo que los príncipes cristianos no pueden privar de ese poder a los príncipes infieles, por el solo hecho de ser infieles. Vitoria habría de desarrollar estas tesis en las *Relecciones de Indis*, obra que sería capital para la inserción del mundo americano en el horizonte epistemológico de Europa.¹²

En el marco de lo que algunos, correcta o incorrectamente, han llamado el choque de las civilizaciones,¹³ la idea de la República universal de Vitoria es más vigente que nunca. Pero el punto fundamental es, en todo caso, que la civilización panhispánica no choca con nadie porque emana de la propia universalidad de sus fuentes. Como lo hace evidente el comentario de Gómez Robledo al que he aludido hace un momento, el tránsito entre la otredad y la diferencia identificado por Byung Chul Han en 2010, ya lo había emprendido Vitoria en 1532, es decir, hace cuatrocientos ochenta años, en Salamanca. Sus ideas y las de Bartolomé de las Casas, también fraile dominico como Vitoria, dieron origen diez años

¹¹ Cf. Andrés Ordóñez, *Los avatares de la soberanía. Pensamiento político y tradición hispánica en la vida internacional de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005, pp. 48-55.

¹² Vid. "Introducción", en Francisco de Vitoria, *Relecciones. Del Estado, de los indios y del derecho de guerra*, México, Porrúa, Colección Sepan cuantosí, Núm. 461, 1985, pp. IX-XC.

¹³ Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations: And the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.

más tarde a las *Leyes de Indias*, que afirmaron la libertad de los indios como seres humanos e integrantes de la monarquía hispánica y sentaron un valioso precedente de lo que hoy llamamos derechos humanos.

La Escolástica española representó la cumbre de la lucidez intelectual de un reino que a escasos cuarenta años de haber logrado su unificación política y territorial tras ochocientos años de intervención árabe, fue capaz de asimilar la experiencia del contacto centenario con el fabuloso poderío intelectual del Islam y, a través de su reconocimiento *de facto*, traducirlo en una reflexión y una *praxis* políticas que, al reconocer la diferencia, prefiguró con medio milenio de anticipación, nuestra realidad contemporánea. El reconocimiento a esa actitud empática frente a la otredad y la trascendencia de las formulaciones del pensamiento de Vitoria y de las Casas dan sentido al inminente establecimiento en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad de Salamanca, de la cátedra Francisco de Vitoria-Bartolomé de las Casas.

Francisco de Vitoria y sus discípulos (Fernando Vázquez de Menchaca, Francisco Suárez, Baltazar de Ayala, entre otros), fueron aventurados del pensamiento. Su pasión y audacia intelectuales los han convertido en patrimonio de la civilización panhispánica. Nos corresponde a nosotros continuar su vigencia, renovada y enriquecida por todo lo vivido en el viaje de medio milenio que, al distanciarnos, nos aproxima a ellos.

Ilustrísimo señor rector magnífico;

Excelentísimos señores vicerrectores;

Excelentísimo señor consejero delegado de Cursos internacionales;

Honorables señores profesores;

Compañeros estudiantes;

Queridos amigos:

Concluyo mi intervención reiterando mi agradecimiento por la distinción con que se ha honrado a la Universidad Nacional Autónoma de México al invitar a su representante en España a participar en esta solemne ocasión y formulando un sincero exhorto a los estudiantes, hombres y mujeres, que acuden del extranjero a los cursos internacionales de esta magna casa de estudios.

Como lo he dicho antes, la movilidad académica es una formidable incubadora de aventuras. Nadie los ha obligado a venir. Están aquí porque decidieron emprender el viaje a Salamanca. Está en su mano hacer de Salamanca lo que Ítaca fue y sigue siendo para Kavafis. ¿Cuál es el sentido del viaje si no el conocimiento? Ahora ustedes habrán de decidir si tomarán la senda de los aventureros o el camino de los aventurados. Con el mayor afecto y con base en mi experiencia personal, los invito a abrir los ojos, a no estudiar tanto y salir a la calle y ver a la gente. Llegan ustedes al territorio fundacional del holograma mundial que es la civilización panhispánica. En cada punto de los territorios que comprenden nuestra civilización estamos todos. Si miran con atención, en Salamanca identificarán las ciudades de México, La Habana, Puebla, Bogotá, La Paz, Santo Domingo, Guadalajara, Lima, Oaxaca, Arequipa , del mismo modo como a Salamanca la encontrarán en esas ciudades y a cada una de ellas en las demás. Sean ustedes bienvenidos a nuestra universalidad. De todo corazón les deseo que cuando partan de regreso, lleven con ustedes, como diría mi querido y siempre evocado Rubén Bonifas Nuño,

*Una sensación de heroísmo,
Una lumbre tenue que se funda
En sus corazones y se derrame
Y encienda sus rostros atónitos,
Poblados de esperanzas.*

Salamanca, a 3 de julio de 2017.